

¿Qué es la conversión cristiana?

Miguel Ángel Medina Escudero

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN No obstante todas las dificultades y complejidades que rodean el término “conversión cristiana”, éste sigue siendo nuclear para un verdadero seguimiento de Jesucristo. Es un momento de revolución, donde los esquemas se recomponen, las categorías mentales saltan por los aires ante la generosidad desbordante del amor que me invade. Es en esa experiencia fundante del encuentro con el Misterio del Amor donde toda la realidad comienza a tener un nuevo significado. Tras descubrir a Jesucristo, y seducido y arrastrado por Aquel que me revela quién soy yo, descubro el misterio de mi existencia.

PALABRAS CLAVE Nuevo nacimiento, gracia, salvación.

SUMMARY *Despite the complex difficulties surrounding “Christian conversion,” it still remains central to the true following of Jesus Christ. We find ourselves in a revolution: our structures are being rebuilt and our mental framework falls apart on coming face-to-face with the overwhelming generosity of the Love that invades us. It is a founding experience of meeting the Mystery of Love where all reality begins to take on a new meaning. After discovering Jesus Christ we are seduced and carried away by the One who shows us who we are. We discover the mystery of our own existence.*

KEYWORDS *New birth, Grace, Salvation.*

El DGC¹ al referirse a este tema establece dos apartados, significativos por su mismo enunciado: “La conversión y la fe” (nº. 53-55) y “El proceso de conversión permanente” (nº. 56). La conversión está ligada íntimamente a la fe y se expresa como discipulado o seguimiento de Jesucristo. Este seguimiento conforma la comunidad de los discípulos del Maestro².

1 CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis* (DGC) (Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1997).

2 DGC 53: la “fe cristiana es ante todo, conversión a Jesucristo, adhesión plena y sincera a su persona y decisión de caminar en su seguimiento (CT 5b). La fe es un encuentro personal con Jesucristo, es hacerse discípulo suyo. Esto exige el compro-

En estas pocas palabras se especifican las dimensiones a tener en cuenta: La fe conlleva un cambio de vida, una transformación profunda de la mente y el corazón, para dar modo a una nueva manera de ser y de vivir. Este cambio se manifiesta en todos los niveles de la existencia del cristiano: en su vida interior de adoración y acogida de la voluntad divina; en la participación activa en la misión de Jesucristo y en el desarrollo o desempeño de su vida familiar o profesional (DGC 55).

Confundir la conversión³ con lo repentino, reducirla a lo espectacular, a lo momentáneo o a una experiencia deslumbrante, es un grave error pastoral. Esa es también la tentación por la que pasa el converso: recorrer atropelladamente el camino, olvidándose que es una experiencia, hecha de instantes repentinos y decisiones duraderas, que no explicitan totalmente la conversión, pero que tienen una importancia decisiva en el conjunto del proceso. Las experiencias contundentes y súbitas van acompañadas de un antes y un después, sin los que no se explicarían ni tendrían consistencia⁴. Es preciso ir configurando la propia vida según esas experiencias, responsabilizándose con ella, entrar en el camino que está marcando esa nueva sabiduría. Se necesita un tiempo para serenar, ordenar, armonizar, consolidar, asumir y prepararse convenientemente para la decisión radical.

La conversión comporta un itinerario⁵, con un intervalo de tiempo entre la situación anterior y la consecución de la nueva meta. Las fases de este

miso permanente de pensar como Él, de juzgar como Él y de vivir como Él lo hizo (CT 20b). Así el creyente se une a la comunidad de los discípulos y hace suya la fe de la Iglesia". (cf. CEC 166-167).

3 P. HOFFMANN, "Conversión", en: H. FRIES (dir.), *Conceptos fundamentales*, I, (Cristiandad, Madrid 1966) 296-303.

4 El momento de la primera conversión es ese giro copernicano del corazón que se da o se tiene que dar en la historia personal de cada uno y cuyo instante lo marca la iniciativa divina del amor de Dios. Es el día en que Cristo se manifiesta, fascinando con su bello mensaje, y es el día en que el hombre descubre a Jesucristo, y seducido y arrastrado por Aquel que me revela quién soy yo, me revela el misterio de mi existencia. En ese momento se inicia una nueva vida (cf. A. MARSAL MOYANO, "Pecado y conversión": *Teología y Catequesis* 82 [2002] 32-33).

5 En este proceso de fe y conversión se pueden destacar varios momentos importantes: primero, interés por el Evangelio; un interés que sin ser todavía decisión firme es el primer momento del espíritu humano en dirección a la fe, que ya es producto de la gracia (DGC 56a). Segundo, la conversión: este primer interés por el Evangelio necesita un tiempo de búsqueda para poder llegar a convertirse en opción firme. Esta decisión debe ser sopesada y madurada. Esta búsqueda, impulsada por la acción del Espíritu y el anuncio del kerigma, prepara la conversión (será todavía inicial) pero que lleva consigo la adhesión a Jesucristo y la voluntad de caminar en su seguimiento. Sobre esta "opción fundamental" descansará toda la vida cristiana del discípulo del Señor (DGC 56b). Tercero, el proceso de identificación con Cristo: la opción asumida genera el deseo de conocer más profundamente y de una mejor identificación con el Maestro. Así se inicia el camino espiritual que provoca un

proceso son como el paso de la enfermedad a la salud, con altibajos y puntos críticos: lentamente algunos aspectos van clarificándose; se adquieren posiciones nuevas; se logran objetivos parciales, pero aún no se ha alcanzado la meta. El converso vive en una tal ruptura interior que no tiene más remedio que repensar todas sus ideas y replantearse la conjunción de las partes dispersas de su personalidad.

En el sentido más amplio, la conversión es una transmutación del o de los principios que rigen nuestra realidad vital. Tomada en esta acepción tan general, la categoría de los “convertidos” se identifica, en suma, con los hombres que los anglosajones denominan *twice born* para distinguirlos de los *once born*. Hay, en efecto, un nacimiento común a todos: aquel por el que recibimos la existencia de hombres. Pero, hay un “segundo nacimiento” a un determinado mundo de valores, a los que libremente se abren y entregan. Para que se produzca este “segundo nacimiento” es necesario algo más que una pura información intelectual o incluso una convicción especulativa⁶.

Este nuevo nacimiento cristaliza en gestos y actos ordinarios que conforman el comportamiento humano responsable⁷. Para ello, es menester que el valor que se apodera de la persona sea de tal naturaleza y fuerza que oriente la existencia dando un nuevo sentido al destino. Ciertas filosofías⁸ han propuesto un ideal que reclamaba una conversión de este tipo.

“cambio progresivo de actitudes y costumbres” (DGC 56c). Finalmente, todo este proceso se convierte en camino hacia la perfección. Esa madurez básica no es el punto final en el proceso permanente de la conversión. Impulsado siempre por el Espíritu, alimentado por los sacramentos, la oración y el ejercicio de la caridad y apoyado por la educación permanente de la Comunidad, busca hacer suyo cada vez de modo más perfecto el deseo de Cristo: “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (DGC 56d).

6 Y. M. CONGAR, “La conversión, estudio teológico psicológico”, en: LIEGE (ed.), *Evangelización y catequesis* (CELAM, Marova, Madrid 1968) 65ss.

7 J. R. FLECHA, *La vida en Cristo. Fundamentos de la moral cristiana* (Sígueme, Salamanca 2000) 307-317.

8 Plotino trazó un itinerario de “conversión que consistía en elevarse sobre las imágenes sensibles y los contradictorios aspectos del mundo; despegarse de todos los afectos y modos de acción; propiciaba una introversión, recogimiento en sí mismo: abolición de todo recuerdo del pasado, cualquier división de la conciencia, hasta hacer desaparecer cualquier distinción de sujeto-objeto y llegar a coincidir en el éxtasis, en el Supremo Inteligible...

I. CONVERSIÓN, NUEVO NACIMIENTO, METANOIA... CONCEPTOS VARIOS PARA UNA REALIDAD MUY COMPLEJA Y RICA DE SIGNIFICADOS

Somos fruto de una cultura con raíces griegas. Por ello, nos hemos acostumbrado a traducir “conversión” por la palabra griega “metanoia”. Sin embargo, existe una palabra hebrea, que podría ser más significativa.

La palabra hebrea “tesubah” aporta varios significados: “responder”, volver y retornar. En ese primer sentido, la conversión sería “responder” al Dios que se acerca para dirigir su palabra e invitación al ser humano (Dt 30,2). La conversión es un responder a Dios, mediante un cambio de vida y costumbres, no limitado a apariencias y gestos rituales⁹. En esa respuesta es donde se hace realidad el don del cambio de vida ya inserto en la misma llamada de Dios.

Tanto en hebreo como en griego aparecen dos verbos que expresan la idea de “conversión”. Los verbos hebreos son “sub” y “naham”. El primero significa “volver”. En sí no tiene valor religioso, pero poco a poco fue tomando el significado de conversión expresado por su sustantivo derivado “tesubah”. El segundo verbo significa “apenarse”, “arrepentirse” (cf. Sal 110,4; Jr 8,6). Suele aparecer acompañando o siguiendo a “sub”.

Dos verbos griegos se hallan en directa relación con los anteriormente mencionados. “Sub” es generalmente traducido en los LXX como “*epistréfein*”, que tiene el mismo sentido: volver, volver de nuevo, tornar a, convertirse. El segundo verbo es “*metanoein*”, que puede verse sustantivado en el concepto “metanoia”. Tanto el verbo como el sustantivo eran bien conocidos en el griego clásico: cambiar de espíritu o intención; cambiar la orientación del propio pensamiento. Tampoco le es extraño el sentido de arrepentimiento, que se acentuó en la época helenística.

La traducción de los LXX otorga a este verbo un sentido más fuerte y técnico de conversión, siendo equivalente a “*epistréfein*”, cuando esta palabra se emplea en sentido moral y religioso. Así, podemos constatar que algunas veces “*matanoein*” es la traducción de “*sub*”, de modo que el verbo “*metanoein*” estaba preparado para usarse en el Nuevo Testamento como expresión técnica,

9 Así evitaríamos dos grandes tentaciones: primera, no caer en la moral mágica, que coloca la conversión en la pertenencia a determinadas instituciones, sin que esta pertenencia exprese la conversión del corazón. La segunda tentación es la de reducir la conversión al ámbito de las disposiciones internas. Como si la respuesta a Dios y las intenciones que conlleva no hubieran de tener repercusiones exteriores, visibles y socialmente constatables.

que expresara: cambiar de espíritu, volverse hacia (Dios), convertirse; y esto con toda la densidad del “sub” de los profetas, conservando, sólo secundariamente, el valor de pena y arrepentimiento. Es una renovación del entendimiento, una renovación de aquello que el AT llama “corazón”, es decir, el lugar donde nacen los deseos esenciales por los que se obra y se conoce¹⁰.

El vocablo griego no agota el sentido de la palabra hebrea “tesubah”. Es muy posible que la riqueza de significado de este concepto obligara a los LXX a intentar expresarlo mediante los dos verbos: “*metanoein*” y “*epistréfein*”. El primer verbo vendría a expresar preferentemente el cambio de actitud interior; mientras que, el segundo, enfocaría mejor la nueva relación con Dios.

Antes de la aparición de los profetas en Israel, ya existían algunas costumbres penitenciales ocasionales, legalizadas y ritualizadas. Pero con la llegada de los profetas se advierte una nueva dimensión: lo esencial y lo que cualifica todo lo demás es realizar el auténtico “*encuentro religioso*”. Es una relación personal entre un hombre que se compromete todo él (su “corazón” y conciencia), y el Dios vivo, (el Dios que tiene una voluntad, un plan, que llama y exige). Esta relación se concreta en tres puntos: obedecer la voluntad de Dios; fiarse plenamente de Él; apartarse del mal que Dios odia.

1. LA PREDICACIÓN DE JESÚS Y SU INCIDENCIA EN EL TEMA

La predicación de Jesús hará brotar nuevas dimensiones¹¹. El Evangelio inicia con la invitación de Jesús: “Se ha cumplido el plazo y está llegando el reino de Dios. Convertíos y creed en el evangelio” (Mc 1,15). Es una llamada a un cambio de vida profundo e interior, como respuesta al acto decisivo y completamente inaudito de “Dios viniendo” a liberarnos y perdonar los pecados. En esa novedad es donde surgen los nuevos significados:

- La llamada se hace más universal (Hch 26,20), pues todos los hombres forman una única humanidad salvada por Cristo en el misterio pascual.

10 “Implica un cambio a mejor, una vuelta del ser interior; del espíritu que se expresa muy exactamente con la palabra ‘conversión’, en el sentido que poseía antiguamente. Supone la constatación de un error en la conducta, dolor por la falta y nueva actitud, nueva orientación de todo el ser a Dios. El cambio afecta a todo el hombre, se refiere al orden vital, al ser profundo” (cf. E. ROCHE, “Penitencia y conversión en el Evangelio y en la vida cristiana”: *NRTh* 2 [1957] 120).

11 E. PEREZ HERRERO, “Conversión y fe: respuesta del hombre al evangelio de Dios (Mc 1,14-15)”: *Burgense* 46 (2005) 333-346.

- La conversión se relaciona directamente con la respuesta del ser humano al anuncio de Jesús sobre la llegada del reino y, por tanto, con la fe en el mensaje de salvación (cf. Mc 1,14-15). No es ya sólo una preparación o una condición para la fe como ocurría en el Antiguo Testamento, se trata más bien de la reacción lógica y gozosa del hombre ante la acción amorosa y salvífica de Dios.
- La conversión neotestamentaria se realiza en la fe.
- Al estar tan ligada a la fe, la conversión se presenta como un proceso dinámico de proyección escatológica que afecta a todas las dimensiones humanas: moral y religiosa, personal y colectiva.
- Finalmente, en su conjunto, se explicita mejor que el origen y dinamismo de la conversión son más un fruto de la gracia de Dios que del arranque o del esfuerzo humanos. La conversión resulta ser, en definitiva, el “concepto central” de la postura exigida por Jesús.

San Pablo¹² desarrolla una síntesis teológica de la conversión cristiana uniendo los tres aspectos siguientes: la fe, principio de la penitencia; segundo, el bautismo y el hombre nuevo nacido en la Pascua de Jesucristo. Finalmente, todo un programa de vida al que comprometen la fe y el Bautismo. Configurado con Cristo en su muerte y resurrección, el converso-bautizado dedica su existencia a *servir a Dios*, mediante un estilo de vida consistente en hacer morir el hombre viejo y realizar en nosotros el hombre nuevo (2 Cor 4,16; 1 Tes 1,9-10; 4,4-5.9-12; Rm 1,25-31). “Vivir según el Espíritu”, es una imagen paulina para expresar la actitud inicial de salvación que supone la transformación interior, mediante una orientación y finalidad nuevas¹³. De ahí que Pablo califique esta conversión como “nueva creación”. Es la realización del *hombre nuevo*, que vive según el Espíritu que le ha sido dado.

12 J. ALONSO, “Conversión y hombre nuevo: teología de la conversión en san Pablo”: *Scripta Theologica* 41 (2009) 47-84.

13 V. M. AVALA, “Nombres e imágenes bíblicas de la conversión”, en AA. VV., *La conversión cristiana* (Cuadernos de teología y práctica pastoral, Perpetuo Socorro, Madrid 1963) 62-65.

2. LA CONVERSIÓN: CONSECUENCIA LÓGICA DE LA BUENA NOTICIA

Jesús comienza su predicación en Galilea, anunciando el Reino y llamando a la conversión¹⁴. El nexo entre ambas realidades es la Buena Noticia o Evangelio, consistente en aceptar que el Reino ha llegado y que la única exigencia para entrar en él es la conversión (Mc 1,14-15)¹⁵. No es la conversión la que provoca como efecto el Reino, sino que es éste el que da como resultado aquella.

Ciertamente, la expresión “Reino de Dios” es una de las expresiones más difíciles de descifrar, pero al observar el protagonismo que adquirió en boca de Jesús, hemos de concluir que fue una profunda experiencia personal. Si pretendemos definirlo en una frase rápida (y poco precisa) el “Reino de Dios” vendría a ser como el acontecer o devenir salvífico de Dios; potencia salvadora y dinámica de un Dios que actúa en el interior de las personas de forma creadora y salvífica.

Lógicamente, este mensaje salvífico necesita de la colaboración humana, pero ésta ya no hay que entenderla bajo la clave de un esfuerzo personal de superación, sino de acogida de una realidad viva y operante, llamada “Dios”, que viene expresamente a mi encuentro¹⁶. Del análisis de esta declaración de Jesús pueden extraerse algunos rasgos distintivos:

- Primero, al afirmar que “el tiempo se ha cumplido”, está indicando que va a realizarse felizmente el designio salvador de Dios: ha llegado el *kairós*, el momento oportuno y decisivo; la hora para el establecimiento de una Nueva y definitiva Alianza entre Dios y los hombres.
- Segundo, la expresión “el Reino de Dios está cerca” señala la proximidad de Dios, tanto en el sentido temporal como espacial. Dios no es ni una causa última lejana ni el “gran arquitecto” del deísmo. Dios es, por el contrario, la realidad más presente y decisiva en cada acto de mi vida, en cada momento de la historia. Esto hace que la proximidad de Dios pueda ser experimentada por el corazón del hombre.
- Tercero, el anuncio de este Evangelio imprime a la conversión un carácter de urgencia absoluta que, en la predicación de Jesús, se hace presente en todo momento.

14 S. LÁZARO PÉREZ, “«Conversión»: Camino escabroso o aventura fascinante”: *Sal Terrae* 1120 (2008) 154-156.

15 PÉREZ HERRERO, 333-346.

16 LÁZARO PÉREZ, 155.

- Cuarto, el *cumplimiento del tiempo* y la *cercanía del reino de Dios* aluden directamente a Jesús: Él es el centro de la Alianza Nueva y definitiva (establecida en la plenitud de los tiempos, cf. Gal 4,4). Por eso, la *metanoia* que Jesús predica está estrechamente ligada a su Persona. No consiste tanto en cumplir la Ley o en observar los mandamientos, sino en decidirse totalmente por Él y seguirle. No es extraño que ante este requerimiento surgiera el escándalo.
- Y, quinto, el motivo o razón de la exigencia de conversión. Siguiendo la tradición profética anterior, Juan el Bautista había propuesto la conversión como una vía de retorno a la Alianza. En las enseñanzas proféticas, el dinamismo de la conversión posee dos etapas fundamentales: una primera fase negativa, concerniente al abandono del mal camino llevado hasta entonces, que es condición para otra fase positiva, referida al efectivo retorno hacia Dios. La apelación a convertirse se pone frecuentemente en relación directa con la obediencia a la ley, aunque esta insistencia varía según las condiciones históricas del pueblo elegido, pudiendo incluso desnaturalizarse el auténtico sentido de la conversión a Dios¹⁷. Convertirse significa “volver hacia atrás”, invertir el propio rumbo, retornar a la alianza, para obtener el perdón de Dios tras la infidelidad y el pecado (Zc 1,3-4; Jr 8,4-5). Lo que motiva el cambio de corazón es el deseo de recuperar nuevamente la predilección de Dios. La conversión es así una exigencia y una condición de la salvación.

En la predicación de Jesús se produce un giro importante en la relación conversión-salvación. Ahora la salvación no es tanto una recompensa ante un esfuerzo humano previo, sino un regalo inmerecido que Dios ofrece de modo magnánimo. La conversión no aparece primeramente como una condición de salvación, sino como una respuesta lógica y gozosa ante la Buena Noticia que Jesús proclama. El apremio a la conversión no viene ahora por vía de inquietud

17 W. EICHRODT, *Teología del Antiguo Testamento II* (Cristiandad, Madrid 1975) 466-467. Eichrodt ha detectado tres riesgos capaces de poner en peligro la adecuada relación entre conversión y alianza: 1) el ritualismo legalista, que reducía la conversión al mero cumplimiento de lo establecido; 2) la extensión de la doctrina judía sobre la *retribución*, que podría oscurecer el papel de la gracia divina en la conversión. (Un buen ejemplo de ello son los discursos de los amigos de Job, quienes aconsejan a su afligido compañero la conversión como medio ineludible para recuperar la felicidad malograda y alejar el azote divino, p. ej., Jb 8,6ss; 11,15ss.; 2,20ss); y 3) la división de la comunidad judía en partidos opuestos —entre impíos y piadosos, entre pecadores y justos— que podía impedir una comprensión honda de la conversión a Dios, quedando ésta reducida a una exigencia necesaria para los primeros pero no para los segundos. (Sal 17; 18; 22; 26; 59...).

o amenaza, sino a través de la lógica del amor. La conversión cristiana no es, en definitiva, la vuelta a lo antiguo; es un salto hacia adelante: el comienzo de una nueva vida. Despunta aquí el motivo fundamental de la *metanoia* cristiana: la extraordinaria e inaudita bondad de Dios proclamada con la Buena Nueva.

El núcleo de este mensaje provoca que Jesús no incida tanto en la amenaza de un juicio cuanto en la persuasión y la misericordia. La efectividad de este mensaje se enraíza en la apertura de los hombres a esta irrupción salvífica de Dios, empeñado en desatar dentro de los hombres su soberanía o dinámica de liberación. ¿Qué atractivo puede tener un proceso de conversión que tiene como punto de partida la denuncia, y como punto de llegada un juicio de talante más condenatorio que salvador? Por el contrario, la novedad de una conversión que parta de la oferta salvífica irreversible de un Dios que quiere hospedarse en el interior de toda persona, siempre será esperanzadora y mantendrá su atractivo.

De estos cinco rasgos nacen cinco características indisociables.

- Primera, su índole trinitaria y su expresión de filiación: convertirse es llegar a ser hijos de Dios Padre en el Hijo por el Espíritu Santo.
- Segunda, su estructura pascual: pasión, muerte y resurrección.
- Tercera, la dimensión eclesial, pues ese nuevo nacimiento se realiza y desarrolla en la Iglesia —comunidad de convertidos—.
- Consecuentemente, la cuarta será la exigencia de una libre renuncia a la autosuficiencia.
- Finalmente, su carácter universal: todos los hombres y mujeres de todos los tiempos están llamados a la conversión y a la fe. La alegría de la Pascua proviene de la seguridad de que la resurrección del Señor no ha pasado, sino que nos alcanza en el Bautismo y nos convierte en nuevas criaturas.

II. OBRA DE LA GRACIA DE DIOS Y TAREA DEL HOMBRE

Una idea esencial tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento es que la conversión del hombre tiene su origen en la iniciativa divina¹⁸. Cierta-

18 ALONSO, *La conversión cristiana. Estudios y perspectivas* (EUNSA, Pamplona 2011) 181-183.

mente, no debemos olvidar que en el fondo se encuentra la cuestión teológica sobre la articulación entre la gracia divina y la libertad humana. Sin alargarnos en esta problemática, pongamos el acento en dos temas: la primacía de la gracia y la primacía del amor de Dios.

Toda conversión es don y obra de la gracia y del amor divinos (NMI 38; DCE 1)¹⁹. Por ello, es conveniente tener en cuenta dos breves observaciones: la primera se refiere a la primacía de la gracia, que constituye la “exigencia metodológica” de todo esfuerzo evangelizador (Dios siempre va por delante); la segunda, la primacía del amor de Dios, como primer y fundamental contenido del anuncio cristiano. Al plantarse los retos y los métodos de la evangelización debe tenerse presente que sus resultados son esencialmente obra de la gracia.

1. LA CONVERSIÓN INICIATIVA DE DIOS²⁰: PRIMACÍA DE LA GRACIA Y DEL AMOR DE DIOS

La primacía de la gracia: El principio, el origen de todo es Dios. Por eso le corresponde a Él también la iniciativa de la conversión. Es un principio básico de experiencia cristiana: el hombre se convierte a Dios porque Dios ha buscado antes al hombre. Todo cuanto acontece en el convertido (el ver, el poder ver, el poder ser) es un don de Dios.

Dios lleva la iniciativa. Dios responde aún antes de que se le pida, por eso puede decirse que es Dios mismo quien convierte al hombre, ya que Él se ha vuelto primero hacia la criatura y ha ido en su búsqueda. Desde ese instante, las manos de Dios no abandonan al converso: Él sabe cuál es el camino del hombre y lo dirige, aunque éste no lo sepa. Dios actúa en el hombre, en sus raíces más profundas y ocultas; penetra la profundidad de la conciencia humana, pero siempre respetando su libertad. Para ello se sirve de diversas personas (dimensión eclesial de la conversión) que en Su nombre intervienen en la vida del hombre.

19 “Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ella una orientación decisiva” (DCE 1).

20 J. BURGALETA, *La conversión es un proceso* (I.S.P., Salamanca – Madrid 1981) 193-210.

Hablamos de la conversión como de una gracia siempre nueva. Nueva, porque la gracia de Dios nunca puede ser vieja, es decir, gastada, anticuada, pasada, sin fuerza o belleza. Es una gracia más que suficiente, en toda su pujanza, para ayudarnos a alcanzar las metas mismas que nos señala: nuestra identificación con Cristo, sucediendo aquí y ahora; otorgándome lo que en este preciso momento necesito para ser fiel a mí mismo y a mi misión en la vida.

Íntimamente ligada a la primacía de la gracia, se encuentra *la primacía del amor de Dios*. Lo ha subrayado el Papa Benedicto XVI al inicio de la Encíclica “*Deus caritas est*”. El corazón de la fe cristiana está en la afirmación de que “Dios es amor” (1 Jn 4,16). En ello se sintetiza “la imagen cristiana de Dios y, también, la consiguiente imagen del hombre y su camino” (DCE 1). La estructura base de la conversión no son las exigencias y mandamientos, verdades o dogmas, ritos, liturgias, premios o castigos. La conversión podrá darse si se llega a descubrir con gozo cómo Dios me ama.

Es una reducción antievangélica considerar que la conversión es el camino inverso del pecado. Si el pecado es un alejamiento por desconocimiento personal, la conversión no es únicamente el camino de vuelta. Este regreso no es realizado solo por el hombre, como lo hizo en la huida. Ahora, el camino es realizado con la compañía de Dios. Dios sale al encuentro y acompaña al converso para que su compañía sirva de apoyo y su cercanía un mejor y más profundo conocimiento del Padre. En el proceso de conversión, desde su origen hasta su consumación, la marcha es en compañía de Dios.

Junto a la primera experiencia de la presencia de Dios —y simultáneamente— está la conciencia clara de encontrarme con Alguien que me conoce y llama por mi nombre. Esta revelación produce en el converso una doble seguridad:

La primera es que Dios me espera en mi propia vida, en mi existencia personal concreta, donde Él no cesa de hacer maravillas. Una persona conversa es la que sabe componer y cantar el Magníficat con los elementos de su propia experiencia existencial. La autoestima es algo connatural a la conversión: me descubro amado de Dios, instrumento de su amor para con los demás, y llamado a una perfecta unión de amor con Él, y en Él con todas las criaturas. Este es el primer fruto de una auténtica conversión. Todo el que sabe cantar el Magníficat a partir de su propia vida, irradia alegría, contagia alegría y paz.

Y la segunda es que Dios me espera para ser el Absoluto de mi vida. El único capaz de saciar las hambres más profundas de mi existencia, y en-

señarme a ser fiel a mí mismo. Cuando Dios es mi Absoluto, aprendo a relativizar todas las cosas de la vida y a valorarlas en tanto en cuanto me ayudan a crecer según Dios. Todo cuanto me lleva a Dios es bueno, y malo solamente lo que me pueda apartar de Él. Todo el que ha encontrado su absoluto en Dios, jamás se verá esclavo de falsas concepciones de la vida.

La intervención de Dios es tal que podría decirse que la conversión del hombre afecta en primer lugar a Dios. Esto sólo es posible para un Dios Amor: acepta con infinita ternura la vuelta del barro del hombre a su rueda del Alfarero para amasar y moldear otra vasija nueva, aún más perfecta que la primigenia, transformando la hechura del pecado. Otra vez en movimiento, la rueda del Alfarero divino para que aquel barro, hombre viejo, sólo a “imagen de Dios” se haga uno con la “imagen perfecta de Dios en Jesucristo”. Para ello tiene que mediar la muerte del hombre viejo.

Se trata, por tanto, de una gracia nueva. Nueva, porque se me otorga para que llegue a ser una criatura nueva. En sentido evangélico, ser una criatura nueva significa dejarse guiar por el Espíritu del Señor Jesús. El Espíritu que nos enseña a vivir según Dios.

2. TAREA DE TODO EL HOMBRE

Aunque en la conversión todo depende de la gracia, no obstante no debemos olvidar que quien se convierte en definitiva es el hombre. Un ser libre y, por tanto, responsable en última instancia de lo que en él ocurre. De esta conjugación tenemos que la conversión cristiana es el resultado de una acción totalmente de Dios y totalmente del hombre.

Asentada la primacía de la gracia, no debemos desdeñar el otro principio: la conversión es igualmente una respuesta humana. Es un paso personal que afecta la totalidad de la vida del ser humano. Incluye todo un conjunto de movimientos psicológicos y morales, de motivaciones intelectuales y afectivas. Necesita preparaciones positivas que abren el espíritu a ciertos valores, o negativas, que ayudan a superar ciertas actitudes de retroceso²¹. En suma, la conversión encierra siempre una realidad humana muy compleja. No obstante, sería deficiente enfocar este proceso solamente desde una perspec-

21 CONGAR, 72-73.

tiva antropológica. El proceso de la conversión es más bien un proceso teologal:

- Primero, la fe es raíz o principio de toda la salvación y, por tanto, también de la conversión. Esta fe posibilita que el hombre pueda ponerse confiadamente en manos del que le ha amado. En el umbral de la conversión, el pecador espera en Dios, de lo contrario no sería capaz de salir de su situación. El convertido tiene que vencer la desesperanza y comenzar su camino en la firme promesa de Dios. Pero, la fe y la esperanza van indisolublemente unidas al amor.
- Segundo, en esto proceso es necesario aprender a amar. Podríamos definir la conversión como aprendizaje en el amor: el corazón queda enfebrecido por la relación de familiaridad con Dios, de modo que esa experiencia se convierte en tendencia o querencia hacia Dios. Pero, para que pueda darse esta experiencia es necesaria la humildad, sustrato en el que enraízan las virtudes teologales concomitantes de la conversión. Es reconocer y otorgar el centro a Dios y poner al hombre en su lugar, tal como nos lo mostró Jesucristo, prototipo de humildad y modelo para la edificación de la conversión en el amor. Convertirse es aceptar la acción de Dios. El hombre tiene que descentrarse, descubriendo que no es suya la fuerza. La humildad ayuda a consumir la conversión, llevando al converso hacia el sacramento donde se completa la obra divina.
- Y tercero, la batalla definitiva de la conversión se libra en la propia casa interior, donde moran la propia miseria y la gracia divina. Ahí se encuentra el núcleo de la salvación. Todo lo demás son consecuencias del corazón que acepta la gracia como latido. Y consecuencias serán, también, el reencuentro del hombre consigo y con Dios, el arrepentimiento y contrición del corazón, detestación del pecado y del propio egoísmo para entregarse totalmente a Dios.

El proceso está lleno de sentimientos: desde el sentimiento de angustia, miedos y pesadumbres, desazón o reproches, hasta el fervor y la alegría. Así se manifiesta la fuerza y victoria de la gracia sobre la naturaleza humana y da lugar a una recomposición de la vida del hombre, adecuándola responsablemente a la acción e Dios. Fervor, entusiasmo, disponibilidad, capacidad de entrega y radicalidad en la opción son los frutos que nacen de la experiencia profunda del encuentro gratuito con Dios, del reencuentro personal y de la transformación radical que va operándose lentamente en el interior del converso.

3. INTEGRAL Y PERMANENTE

“Con todo el corazón, con toda el alma”. La conversión auténtica reclama una actitud que abarque hasta las profundidades más secretas de su corazón, sus pensamientos, disposiciones, etc. Constituye un nacer de nuevo, no un simple cambio exterior, circunstancial, de solo algunos aspectos o dimensiones. No consiste sólo en la aceptación de una nueva ética, o en la incorporación a u prácticas rituales, o en el asentimiento a unas verdades doctrinales por muy sublimes que puedan ser unas u otras. El movimiento que implica la conversión no sólo es moral, cultural o intelectual, sino un auténtico regreso a Dios como principio rector de la existencia.

Finalmente, por su dimensión totalizante, la conversión cristiana es un estado permanente del alma cristiana y no solo un acto puntual y definitivo. La conversión es entendida como una vuelta efectiva, una larga marcha que conduce a las bendiciones celestiales, a la herencia de la Nueva Alianza. En este sentido, la conversión cristiana es indisoluble de la virtud de la esperanza, como espera, y confianza en un encuentro efectivo y definitivo con Dios en el más allá²².

La fe en Jesucristo, el reconocimiento del propio pecado y de la incapacidad para amar, es una apertura a la acción de Dios que da frutos siempre, aunque no siempre dé sentimientos. Cuando el acto de fe es auténtico, Dios actúa, pues la fe en Cristo es en su misma esencia la apertura del corazón al don de Dios. La fe cristiana en Jesús, el Hijo de Dios entregado por nosotros y nuestra salvación, es siempre una proclamación de la Bondad del Amor y Misericordia de Dios, un dilatar el corazón y un desear a Dios²³.

Este cambio, que brota del corazón, no surge como un deber u obligación de cambiar, sino como el deseo más profundo de alcanzar el amor, de vivir junto a él en un “*statu conversionis*”, de vivir permanentemente de la Misericordia de Dios. Porque la “revelación del amor misericordioso del Padre, ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre” (DM 13), debe constituir también el contenido esencial de toda la vida interior del cristiano.

22 ALONSO, *La conversión cristiana*, 186-187.

23 “La fe informada es la fe movida por la caridad, que busca en su misma esencia la unión con Dios “*Credere in Deum*” (cf. MARSAL MOYANO, 49).

Es la “visión” de Cristo en la fe viva, la que nos acerca a la “visión del Padre” en la santidad de su misericordia. Por eso no basta con un momentáneo y pasajero acto interior. El auténtico conocimiento de Dios, del Dios de la misericordia y del amor compasivo, lleva a recurrir a su Misericordia no solamente con un acto aislado interior, sino especialmente como una disposición estable, como un estado de orientación vital.

Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo “ven” así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a Él. Viven pues en un estado de peregrinación o disposición permanente del corazón, conscientes de su debilidad, pero confiados hasta la audacia en su bondad de Padre. Hacerse niño/a²⁴ ante Dios es la actitud fundamental de la conversión. Esto también aporta significado a que sea una invitación universal. La universalidad de la conversión se enmarca en la revelación de un Padre que perdona a los hombres y los adopta como hijos. “Hacerse niños de nuevo” no es una pura tarea humana, sino una gracia divina que acompaña la llegada de la nueva alianza. Esta “novedad” convoca la constitución filial del cristiano con las sucesivas transformaciones espirituales.

Supone interiorizar lo descubierto, encarnarlo o transformarlo para que produzca el alumbramiento de una nueva criatura. Este largo camino irá iluminando toda la vida y permanecerá como la regla y medida de su vida espiritual.

En realidad, la conversión nunca se da del todo. Toda la vida cristiana es conversión; cada fiel debe esforzarse en llegar a ser día tras día lo que es y a realizar su ser espiritual en profundidad. La vida del cristiano lleva consigo la obligación rigurosa de llegar a ser verdaderamente cristiano, es decir, nunca cesa la obligación de llegar a convertirse. Por ello, la teología agustino-tomista afirma la necesidad de gracias actuales de Dios, es decir, de mociones sobre la inteligencia y la voluntad del hombre, o de disposiciones internas que se ordenen a alcanzar ese objetivo final.

24 J. Jeremías ha advertido este aspecto al analizar el pasaje de Mt 18,3 (cf. Mc 10,15; Lc 18,17), en el que Jesús menciona las condiciones para entrar en el reino. La traducción más adecuada de este *logion* de Jesús sería: “si *no volvéis a haceros como niños, no entraréis en el reino de Dios*”. Parece que la expresión apunta más a un aprender a vivir como hijos de Dios, o aprender de nuevo a decir “*Abba*” (J. JEREMÍAS, *Teología del Nuevo Testamento I*, [Sígueme, Salamanca 1974]) 186. Muy semejante es la opinión de Bauer, quien también estudia la misma metáfora de “hacerse como niños” (cf. BAUER, 212).

4. DENTRO DE LA IGLESIA

El hombre es otro, su vida es otra: todo es diferente. El principio animador de su vida ha pasado del egoísmo a la caridad. El hombre ya no es un ser “hacia sí”, sino hacia los otros. Ese “otros” es Cristo resucitado, es decir, “todos” en una nueva koinonía, con un nuevo sentido comunitario en virtud del principio del Resucitado, quien consume la conciencia de formar parte de una nueva familia. Por ello, la otra nota de la conversión es la eclesialidad²⁵.

Es necesario afirmar que la conversión cristiana sólo puede ser *eclesial*, en el sentido de que la Iglesia es la atmósfera en la que tiene lugar. Son dos las dimensiones a tener en cuenta: primera, Ella es necesaria para realizar plenamente el sentido de la conversión cristiana; segunda, toda conversión contribuye a que la misma Iglesia se “congregue” y se vuelva hacia Dios, cumpliéndose así la conocida sentencia *Ecclesia semper reformanda*, que describe la necesidad permanente que la Iglesia tiene de purificarse para identificarse con su modelo y Cabeza, Jesucristo.

La Iglesia, al mediar en nuestra conversión, nos hace lo que ella es: Iglesia. Es decir, una comunidad de vida con Dios y con todos los miembros del Cuerpo Místico. Por consiguiente, la vida divina que vive el nuevo creyente ya no sólo es vida de él, sino también de la Iglesia. Por ello, toda conversión vitaliza y rejuvenece la Iglesia (Ef 4,16; Col 2,19).

Esto que decimos del Cuerpo Místico en general, se puede decir de cada uno de sus miembros en particular. Todos los miembros de la Iglesia experimentan un aumento de vida cuando alguien se convierte a Dios. Pero este aumento de vida divina que experimentan los demás miembros por el aumento de uno, no debe entenderse de una manera biológica o automática.

Es Dios quien, por la caridad de uno, aumenta la caridad y vida de los demás. Es, pues, la voluntad de Dios la que concede la gracia a uno, por la caridad y santidad del otro. El modo más o menos concreto como se realiza es el siguiente: la vida divina que irrumpe en un miembro parte de Cristo y refluye de nuevo a Él. Y en ese proceso, Cristo envuelve con una nueva fuerza y nueva vida a todos los miembros de su Cuerpo. Este intercambio de vida y de energías entre todos los miembros del cuerpo de Cristo sobre la tierra es

25 BURGALETA, 237-246.

el fundamento para conseguir la solidaridad que San Pablo quiere ver en todos los miembros de la Iglesia.

Toda conversión también realiza a la Iglesia como comunidad salvadora. Cuando un nuevo miembro se incardina en el cuerpo de la Iglesia, como un convertido más, nos parece que no ha sucedido nada. Sin embargo, no es así. El cuerpo de la Iglesia en cuanto tal, sufre una profunda transformación. Ciertamente que el cuerpo de la Iglesia manifiesta siempre la vida que circula en él; pero después que ha recibido en su seno un nuevo miembro, o un miembro ya en él ha conseguido una mayor plenificación, esta manifestación es más viva y más sensible; su sacramentalidad y su misión salvadora se nos presentan más diáfanas; advertimos una nueva potencia salvadora. Es parte del misterio de la "*communio sanctorum*": convertirse es insertarse en la Iglesia, como dinamismo salvador que tiende a instaurar en los *otros* la vida divina que uno tiene. La conversión, dentro del misterio cristiano, implica la responsabilidad de servir en el proceso converso de los demás. De este modo, toda conversión realiza a la Iglesia en cuanto comunidad salvadora.

Por tanto, la conversión cristiana es eclesial en su preparación por su relación con la fe en Cristo, la cual depende de la escucha de la palabra suscitada por la proclamación del evangelio por parte de la Iglesia. Pero también es eclesial por su finalidad: la edificación de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. En efecto, la recepción de los sacramentos, lleva al cristiano a asumir un compromiso de colaboración en la tarea de edificación del templo de la Iglesia.

Hoy, la evangelización y la catequesis deben afrontar un problema no pequeño, ligado al contexto cultural: el rechazo a toda pertenencia y a toda mediación. Incluso las manifestaciones de nueva religiosidad, que encienden esperanzas sobre un "despertar espiritual", se caracterizan con frecuencia por constituir un itinerario bastante individualista y autónomo, autogestionado y guiado por la propia y exclusiva subjetividad del creyente²⁶.

En este tipo de religiosidad, más emotiva que doctrinal o confesional, no cabe fácilmente una mediación eclesial. Y sin embargo es absolutamente necesaria esta comunidad. El converso necesita ser acogido y el modo de esa acogida es fundamental. De él depende que uno se sienta encajado o a disgusto. El converso tiene un gran deseo de comunicación que responde a

26 M. A. MEDINA, "La nueva religiosidad y el desafío pastoral que representa": *Teología y Catequesis* 126 (2013) 75-103.

la necesidad de ayuda. Por otro lado, el sentimiento de culpa tiene que ser manifestado y el pecado confesado a alguien. Además, se precisa actualizar, confrontar, discutir, discernir, penetrar la propia vida, y en este menester la ayuda de los otros es valiosa.

III. EL DRAMA DE LA CONVERSIÓN

En la Biblia, la “conversión” es siempre un proceso o “drama humano-religioso”, vivido por personajes tan complejos e inextricables en su historia como lo son el hombre y Dios, dos personajes que lo abarcan todo, y en torno a las realidades más profundas y misteriosas de su ser respectivo.

San Pablo define o describe la naturaleza y dinámica de la conversión cristiana como “proceso a través del cual se adquiere una nueva vida cuyo centro es Cristo”. Congar sintetizó toda la teología paulina sobre la conversión en tres puntos: la fe, principio fundamental de la conversión; el bautismo, nacimiento a una vida nueva por la participación en el Misterio pascual de Cristo; y la existencia cristiana, cuya forma se modela según la dinámica de la conversión. “Nada más teologal, sacramental y ético a la vez que la conversión en san Pablo; nada más acto de Dios comprometiendo al hombre a un continuado esfuerzo; nada como la conversión que se realiza una vez y, sin embargo, tiene que realizarse sin cesar...”²⁷.

1. EL CRISTIANO ES UN CREYENTE EN CONVERSIÓN

La vida cristiana es una llamada constante a la conversión. Nadie se convierte de una vez para siempre. Antes bien, somos *convertos*, es decir, en camino constante hacia Cristo, que nos llama siempre a algo mejor, a una gracia nueva. Por eso, dice san Pablo: “desde el punto al que hayamos llegado, sigamos adelante” (Flp 3,7-21).

Sólo, pues, aceptando y colaborando con la gracia de la conversión, podemos llegar a un encuentro personal, vivo y vivificador, con la persona de

27 CONGAR, 72.

Cristo. Se trata, por tanto, de aquella gracia que me enseña a vivir en el momento presente y me proporciona las condiciones para llegar a ser una criatura nueva, guiada y motivada por los valores permanentes que el Espíritu me depara. Se trata de ese nuevo nacimiento del que habla Jesús a Nicodemo (Jn 3,1-8). Nacimiento nuevo que nos transforma en criaturas nuevas, con una vida según Dios²⁸.

Esta novedad existencial comporta una característica fundamental: cambio de mentalidad, a partir de las nuevas opciones que, desde ahora, orientan la vida del seguidor de Jesús. Sin embargo, esta opción no es posible sin una opción fundamental consecuencia de la fe. ¿Cómo ha de ser la opción fundamental de todo cristiano, que nos realiza como criaturas nuevas? En lenguaje práctico podemos decir que la opción fundamental que expresa nuestra sincera conversión se realiza en esa jerarquía de valores que estructura nuestra vida real. La conversión nos llama insistentemente a cuidar mucho que, en mi jerarquía de valores, los valores u opciones que no ocupan los primeros puestos, estén al servicio de los que sí los ocupan. De esta manera es como se garantiza que el Reino de Dios y su justicia, sea el valor fundamental sobre el que se construye mi vida. Así se articulan conversión y fe²⁹ o viceversa.

Pero será conveniente que nos detengamos un poco para entender las mutuas implicaciones. En su bien conocida *Introducción al cristianismo*, el entonces cardenal Ratzinger apuntaba una respuesta: “La palabra ‘creo’ entraña una opción fundamental ante la realidad como tal; no significa afirmar esto o aquello, sino una forma primaria de situarse ante el ser... Digámoslo de otro modo: la fe es una decisión por la que afirmamos que, en lo más íntimo de la existencia humana, hay un punto que no puede ser sustentado ni entendido por lo visible y comprensible, sino que linda de tal modo con lo que no se ve, que esto le afecta y se le presenta como algo necesario para su existencia... La fe siempre tiene algo de ruptura y de salto”³⁰. Este “viraje existencial” del creyente se alcanza a través de lo que designamos como “conversión”. Dicho de otro modo, la lógica de la fe cristiana es la conversión.

Abundemos un poco más y consideremos la clásica distinción agustiniana entre la dimensión objetiva de la fe (*fides quae*) y su dimensión

28 R. SCHNACKENBURG, *El testimonio moral del Nuevo Testamento* (Madrid, Rialp 1965) 32.

29 ALONSO, *La conversión*, 82-86.

30 J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo* (Sígueme, Salamanca 1968) 48-49.

subjetiva (*fides qua*)³¹. La conversión cristiana, al relacionarse con las disposiciones personales para la acogida del don de Dios, conecta estrechamente con la dimensión subjetiva de la fe, es decir, con lo relativo al compromiso personal y existencial del creyente. La fe es una forma de conocimiento testimonial. Para acoger este conocimiento deben poseerse unas disposiciones previas de apertura y estar dispuesto a renunciar a la lógica propia para entrar en la lógica del don y del amor de Dios. La conversión constituye, pues, un requisito tanto en el momento incoactivo del acto de fe, como en la dinámica de su desarrollo.

Otras consideración sobre la interdependencia entre fe y conversión la hallamos en la fórmula también agustiniana del *credere Deum, credere Deo, credere in Deum*. Ciertamente la tercera parte de la fórmula es la que enuncia con mayor claridad el sentido absoluto del creer cristiano, al mostrar cómo el creyente compromete la totalidad de su existencia de forma irrevocable y permanente.

Pensamos que ese neologismo cristiano (*credere in Deum*, o, si se prefiere la versión cristológica, *credere in Christum*) es el que mejor integra las nociones teológicas de fe y conversión. La conversión cristiana no consiste simplemente en una decisión moral de cambio de vida, sino en una elección de fe. La meta final de la conversión es el “sí” total de la propia existencia en el encuentro con Jesucristo³².

El proceso de conversión exige que la verdad, la fe y el amor de Dios lleguen a ser lo más importante. Convertirse es, por tanto, rechazo de la autosuficiencia y opción por la fe y el amor. En efecto, al constituir una liberación del egocentrismo y la autosuficiencia del hombre, la conversión desarrolla una función de apertura fundamental a la esperanza y al amor, que es esencial al acto de creer. La conversión cristiana no es autorrealización o creación de sí mismo, sino renuncia a ser el artífice de la propia vida para aceptar depender de Otro. “Convertirse quiere decir aceptar los sufrimientos de la verdad. La

31 Sobre esta distinción puede verse R. FISICHELLA, *Diccionario Teológico Enciclopédico* (Verbo Divino, Estella 1995) 393; C. IZQUIERDO, *Creo, creemos. ¿Qué es la fe?* (Rialp, Madrid 2008); H. de LUBAC, *La fe cristiana* (Secretariado Trinitario, Salamanca 1998).

32 A esta idea se refirió Benedicto XVI en la Audiencia general del 17 de febrero de 2010: “convertirse y creer en el Evangelio no son dos cosas distintas..., sino que expresan la misma realidad. La conversión es el “sí” total de quien entrega su existencia al Evangelio, respondiendo libremente a Cristo, que antes se ha ofrecido al hombre como camino, verdad y vida, como el único que lo libera y lo salva”.

conversión exige que la verdad, la fe y el amor lleguen a ser más importantes que nuestra vida biológica, que el bienestar, el éxito, el prestigio y la tranquilidad de nuestra existencia; y esto no sólo de una manera abstracta, sino en nuestra realidad cotidiana y en las cosas más insignificantes. De hecho, el éxito, el prestigio, la tranquilidad y la comodidad son los falsos dioses que más impiden la verdad y el verdadero progreso en la vida personal y social”³³.

2. CAMBIANDO LA ORIENTACIÓN VITAL

Que la conversión se realice como proceso³⁴ se deduce de su misma naturaleza. La gracia incoa un movimiento, potencia la acción, pero no sustituye el ejercicio de la libertad y responsabilidad del hombre. Además, conlleva un cambio de la mente. La transformación de las ideas, de las concepciones del mundo y del hombre, del sistema de pensamiento... no se consigue en un momento. La gracia de la conversión ha de respetar este proceso: el hombre no puede desprenderse de la noche a la mañana de las ideas y sistemas arraigados en su mente.

En la conversión hay que respetar un principio básico de toda pedagogía: la transformación del sistema de las ideas es evolutiva por su misma naturaleza. En el cambio de las ideas es preciso comparar, cotejar... siempre en un ritmo in crescendo. No todo se entiende desde el primer momento. Una meta conquistada, lleva a otra desconocida. No es posible el cambio sin un verdadero espíritu crítico que sopesa las razones y valore los argumentos. La situación en la que se encuentra el converso, ese proceso de transformación, conlleva una angustia que puede encaminar al desaliento, siempre envuelto en experiencias de fuertes altibajos.

Pero, el auténtico caballo de batalla de la conversión es el cambio de vida. Transformar las ideas, con ser un trabajo arduo, es relativamente fácil. Doblegar la voluntad, hacer girar prácticamente la vida hacia la nueva orientación de la persona, es un poco más difícil.

Se suele pensar que una vez cambiadas las ideas, ya todo lo demás es fácil. Error, el converso ha de pasar de las ideas nuevas a la praxis nueva. Este

33 J. RATZINGER, *El camino pascual* (BAC, Madrid 1990) 27-28.

34 BURGALETA, 193-210.

proceso exige un tiempo psicológico amplio para que la persona vaya superando las dificultades y armonizando su desarraigada vida interior.

No vale la excusa, “primero conocer, luego obrar”. No por mucho saber se pasa a la obra, al cambio de vida. El peso de las viejas costumbres impide el poder caminar por la verdad descubierta. Porque una cosa es ver y otra ser curado. No es suficiente contemplar la verdad, hay que vivirla. De poco sirve estar cierto de Dios si no se está con Él. Por tanto, no basta convertirse cambiando las ideas, hay que pasar de la palabra a la obra. Convertirse es determinarse, cumpliendo las decisiones hasta sus últimas consecuencias, acomodando la vida a las ideas y a las resoluciones más hondas y secretas del corazón. Entre ideas y praxis debe haber una última correspondencia: están indisolublemente unidas y son dos caras de una misma realidad, la vida humana.

Ya hemos indicado la prioridad del “encuentro con Dios”, del que brota la “conversión a Dios”³⁵. Pero aún le queda “encontrarse consigo mismo”. La conversión no es posible sin descubrirse a sí mismo y conocerse. Sólo sobre esta base se podrá edificar el proceso de cambio. Este conocerse es un quehacer penoso, difícil para las personas, quienes muchas veces terminan girando en un círculo sin llegar a encontrarse. Esta autodisciplina supone el ponerse delante de uno, enfrentarse consigo mismo, entrar en el interior y verse iluminados por la luz interna que viene de Dios mismo. Si el hombre se buscara fuera de sí mismo nunca se encontrará. El convertido tiene que hacer un esfuerzo de interiorización, de ir al fondo de sí mismo. La conversión, que es un encuentro con el Dios cercano, interior y presente, es un camino de vuelta hacia sí mismo. La posibilidad de la conversión sólo será real si el convertido se vuelve sobre sí mismo, pues Dios está dentro.

El problema en este proceso es hacia dónde caminar según la nueva orientación descubierta y aceptada. Esta orientación no tiene otra meta que la transformación personal o el cambio del corazón. Para lograr esta meta, el convertido tiene que despejar una serie de obstáculos que se interponen y pueden abortar su propósito.

35 El creyente encuentra en Dios su tesoro, y desde ese momento, desde esa orientación hacia Dios, tiene que ordenar su vida y su relación con las demás criaturas. En primer lugar, ha de recomponer el verdadero orden que debe haber entre el hombre sujeto a Dios y las cosas sometidas al hombre. Sin esa ordenación de todo a Dios, las cosas no encuentran su sentido. El convertido ha de llegar a amar las cosas y las personas en Dios y por Dios, y además, debe llegar a amar a Dios en las cosas.

Estas dificultades no aparecen sólo al tomar la decisión de convertirse, sino a lo largo de todo el proceso: no es fácil desarraigar las antiguas tendencias y superar las fuerzas y valores que han regido mi vida hasta este momento. En la mente del converso se agolpan los deseos, vanaglorias y otros altibajos, entre los que no falta el miedo a cambiar de vida. Este miedo provoca una serie de fantasmas, recuerdo de las delicias de la vida que se intenta abandonar.

Acorralado, el convertido busca una salida, que a veces no es sino una justificación del estilo de vida anterior para no cambiarla, o en su lugar calcula cómo retardar el tiempo de la entrega, poniendo cortapisas a un cambio radical, buscando el camino más fácil o tentación de la pereza. No menospreciemos la debilidad de la naturaleza humana, que se manifiesta en la voluntad agarrotada por la fuerza de la costumbre y que hace imposible torcer la vieja voluntad, enraizada en largos años de actividad.

El que se va convirtiendo ha de instalarse en la sinceridad; sentir la propia miseria y reconocerla, para así poder expresar la contrición del corazón. Tiene que darse cuenta que ha de jugarse todo a una sola carta. En la conversión no se puede ir trampeando; o se entrega del todo o nada. La persona es una unidad y cualquier fallo repercute en la buena marcha del conjunto, por ello es necesario conquistar la fortaleza de la voluntad o la fe en la victoria de Jesucristo.

Es un drama, porque el converso tiene su historia previa. Ha echado raíces, tiene construida su vida, se rige por unos determinados valores, está marcada por sus costumbres hasta convertirse en actitudes que han ido tatuando el alma hasta dejar huellas poco menos que imborrables. Y la conversión es dar la vuelta a todo eso. No tiene por qué quemar todo su yo, pero sí tiene que dar a toda su vida, —valores, motivaciones, orientaciones, ideas, actitudes, actos— una orientación nueva. Esto provoca una verdadera agonía, pues todo ha de ser removido, arrancado y orientado en una nueva dirección.

3. HACIA LA SANTIFICACIÓN

La conversión supone un proceso, una fluencia de fases diversas, de estadios progresivos, encadenados y dependientes unos de otros. El proceso de conversión presupone un estado de ánimo prolongado que exige tiempo y espacio. Es una misma historia jalonada por diversos estratos, cuyas fases están

unidas entre sí de un modo indisoluble y que forman un período singular de la propia biografía.

Para mejor acercarnos al sentido evangélico de conversión, vamos a utilizar y analizar la definición de la misma que nos ofrece el Vaticano II (AG 13): “La conversión es ser arrancado del pecado, e introducido en el misterio del amor de Dios, que nos llama a la comunicación personal con Él en Cristo”. Reflexionemos sobre cada una de estas notas:

A. “Ser arrancados del pecado”

Para empezar, la conversión consiste en ser arrancados del pecado, de sus seducciones y frustraciones. Esto es, arrancado de las falsas concepciones de la vida, las concepciones basadas en el orgullo, la autosuficiencia, la violencia, la ambición, la mentira. Ser arrancado del pecado no hay que entenderlo meramente como que soy perdonado de mi culpas, ni mucho menos como que ya no voy a volver a pecar nunca más. Dicha liberación que obra la conversión en mi vida, consiste en liberarme de la seducción del pecado, que consiste en creerme que pecando voy a ser más libre y feliz.

Liberarme también de la frustración del pecado, que consistiría en pensar que el pecado tiene poder para echar a perder mi vida. Es cierto que, una vez liberado por la gracia de una sincera conversión, yo voy a seguir pecando. Pero mi pecado, me hará más humilde ante mis propios ojos y más grato, por tanto, a los ojos de Dios, que gusta más de la humildad del corazón que de sus autosuficiencias. La humildad del corazón me recuerda que nadie se salva a sí mismo, y que todos tenemos necesidad de todos.

Es san Pablo quien, con el testimonio de su vida, nos hace profundizar en esta hermosa verdad: aunque yo siga siendo un pecador a lo largo de toda mi existencia temporal, mi pecado no me aleja de Dios, con tal de que lo reconozca, lo confiese y sienta, gracias a él, la necesidad que tengo de la ayuda de los otros, de Dios y de los hermanos (cf. 2 Co 12,7-10; Rm 7,13-25).

B. “Ser introducidos en el misterio del Amor de Dios”

Cuando el Concilio nos habla de ser introducidos en el misterio del Amor de Dios, nos está abriendo la puerta para que contemplemos ese exceso de amor; ese amor más grande que nuestro pecado; ese amor más amor del que

necesitamos para satisfacer nuestra necesidad de amar y ser amados. Misterio aquí es sinónimo de exceso. ¿Para qué tanto derroche de amor, cuando una gota de tu amor divino nos basta y nos desborda? (cf. Rm 5,17-21; 8,31-39).

Así es como somos introducidos en el misterio del amor de Dios, Padre de infinita misericordia: siendo liberados del poder de seducción y de frustración del pecado. Y, en consecuencia, reconociendo bajo la luz del Espíritu que me habita que, en el amor de Dios, radica el verdadero sentido y la auténtica libertad de mi vida de persona humana.

Porque Dios me ama tal y como soy, limitado y pecador, puedo vivir en paz conmigo mismo y con los demás. Puedo llegar a ser yo mismo, con una creciente fidelidad a mi personalidad más inalienable. Puedo alcanzar a ser feliz y fecundo, con una vida hermosa y útil a mi paso por este mundo. Gracias a esa conversión que me hace vivir de cara al amor de Dios por mí, siento que mi carne, mi realidad humana total, se rehace y reconforta con el paso del tiempo, como rejuvenecida en la fuente misma de la divinidad.

C. "Tener un trato íntimo con Dios en Cristo"

Una vez inmersos en amor tan grande, nuestro vivir se desarrolla como un trato íntimo con Dios en Cristo. Tal es el objetivo último de la gracia de conversión: un trato con Dios sin ningún tipo de temor. Un trato con Dios, caracterizado por la confianza y el abandono de un hijo en los brazos del Padre. Trato íntimo, tierno, cariñoso..., que se expresa como conocimiento mutuo por entrega de amor. Trato cordial que se desarrolla y experimenta en el corazón de los acontecimientos de la vida ordinaria: Dios me espera con su inmenso afecto en el ser y acontecer que va tejiendo el devenir de mi pequeña historia en comunión con la más grande de la entera humanidad.

Podríamos decir con plenitud de sentido que, la conversión, tiene como meta cumbre conducirnos a una vida de oración. En ella nos va transformando en otro Cristo, identificándonos más y más con el Hijo Amado de sus complacencias.

D. "Transformados a imagen de Cristo"³⁶

La conexión entre la vida de Jesucristo y la conversión del creyente se desprenderá de la comunicación que Aquél hace a éste. La inhabitación, en efecto, de Cristo es el objetivo de la conversión cristiana. Y puesto que Jesús vive la misma vida del Espíritu de Dios, dicha vida es la que se dispensa al creyente. "Cristo está en el creyente en la medida en que le hace partícipe del mismo Espíritu, que es también el Espíritu de Dios. Aquel en quien vive Cristo está en Dios, dentro de Cristo y del Espíritu, al mismo tiempo que Dios, Cristo y el Espíritu están en él"³⁷.

Puede parecer excesiva la expresión, "Cristo se convierte, en cierto sentido, en sujeto de todas las acciones vitales del cristiano"³⁸, pero ello no significa que el cristiano pierda su personalidad. Al contrario, es la elevación de la misma al orden de la gracia crística. Puesto que se trata del encuentro de dos personas, la dignidad de la persona cristiana queda enaltecida al contacto existencial con Aquél. Además, dicha dignificación del hombre es permanente. No es simplemente una reorientación de algunos momentos más fuertes e intensos de su vida hacia Cristo. Es más bien, la posesión del hombre por Jesucristo. La identidad del creyente se reconquista al ser totalmente en Cristo.

La acción incesante de Jesucristo en el hombre constituye la liberación de éste. Su libertad humana queda así ennoblecida en su relación con la libertad divina, que despliega todas sus virtualidades humanas. Representa, pues, la máxima identificación moral entre Cristo y el hombre en su dimensión personal y comunitaria.

E. "Para vivir según el Espíritu"³⁹

No es necesario insistir en la importancia que san Pablo atribuye al Espíritu Santo en la tarea de transformación del hombre según la imagen de Cristo. El Espíritu es presencia, don y principio constructivo⁴⁰.

Más allá de ser "presencia y don", el Espíritu es principio inmanente de transformación y renovación que restaura continuamente el hombre interior.

36 ALONSO, *La conversión*, 111-114.

37 A. VIARD, *Epître aux Galates* (París 1964) 59.

38 S. LYONNET, "Notas a la Carta a los Gálatas", en: *Biblia de Jerusalén* (DDB, Bilbao 1966) 1559, (cf. Nota a 2,20).

39 ALONSO, *La conversión*, 115-118.

40 L. CERFAUX, *El cristiano en San Pablo* (DDB, Madrid 1965) 245-259.

Esta transformación se expresa también con la imagen de “revestirse de Cristo”. En la carta a los Romanos, expresa cómo por la acción del Espíritu Santo, el bautizado participa de la filiación divina de Cristo (Rm 8,14-17). La noción de filiación va unida a la de herencia y, por tanto, a la de la esperanza. Actualmente somos hijos y herederos, pero nos falta conseguir la herencia y alcanzar un conocimiento más íntimo y profundo de nuestro Padre Dios. Se nos entrega el Espíritu Santo para prepararnos con fe y esperanza a nuestra conversión definitiva, a nuestra futura glorificación.

El misterio de la filiación divina, por el que el cristiano se convierte en hijo de Dios y se va transformando paulatinamente en Cristo, sintetiza el por qué de la Historia de la Salvación. Pablo parece apuntar a la entraña teológica de la conversión neotestamentaria: la transformación del hombre en hijo de Dios, de manera que por medio del Espíritu Santo sea capaz de llamar “Abbá” a Dios Padre. Según el designio divino, el Padre realiza por el Espíritu su plan eterno de que todos los hombres posean la imagen de su Hijo.

Por parte del hombre, la conversión no exige sólo arrepentimiento de los pecados al estilo del pensar del AT, sino una entrega total a Dios en la fe, caracterizada por una actitud fundamental radicalmente nueva que consiste en hacerse niño delante de Dios⁴¹.

4. REALIZADA GRADUALMENTE

La conversión-santificación es un proceso gradual⁴², que supone lentitud en su progresión. Al ser un cambio, una apertura que necesita ser asimilada y vivida en profundidad, no puede ser realizada de otro modo. No se alcanza la perfección en un abrir y cerrar de ojos. Hay que tomar decisiones, pero no hay que llevarlas a la práctica de forma atropellada. Sino con paz, reposo y sopeando cada paso. Es necesario recorrer todo el camino sin saltarse ninguna etapa, siempre atentos a los obstáculos que el mismo convertido va poniéndose.

“*Paulatim*” es un movimiento positivo, hacia adelante. La conversión por ser gracia del Espíritu Santo, lleva siempre dentro de sí una dinámica de

41 R. SCHULTE, *La conversión (metánoia), inicio y forma de la vida cristiana*. En: *Mysterium Salutis* V, (Cristiandad, Madrid 1984) 122.

42 BURGALETA, 95-189.

progreso. El deseo de conversión no hace que desaparezcan los inconvenientes y los obstáculos que la naturaleza del convertido sigue oponiendo. Esto supone un esfuerzo contante, ininterrumpido, hasta llegar a los objetivos más importantes y a la conquista de la conversión radical.

Iniciado el proceso, no significa que se haya llegado, sino que la misma naturaleza de peregrinación indica que no se posee del todo, sino que se encuentra aún en proceso de maduración: durante ese proceso deben arraigar las actitudes; debe reorientarse la vida y configurar el nuevo ser para instaurar una nueva relación con Dios. Esta dinámica es generada por la misma fe que alienta al converso.

Aunque el mismo concepto de progreso incluye la idea de que cada vez sea más intenso, más próximo al objeto que se busca, también incluye un “in crescendo” hacia adelante, alcanzando metas parciales, intermedias, pero sin perder la perspectiva del tender hacia el final, hacia la meta. Esta misma dinámica progresiva va haciendo que el creyente se vaya configurando cada día más y mejor al modelo de Jesucristo.

Sin embargo, este movimiento in crescendo y progresivo no es, por desgracia, rectilíneo y directo, sino que conlleva toda una serie de vicisitudes que lo hacen complicado, tortuoso, con desfallecimientos y altibajos. Es una línea quebrada, propia de todo proceso intelectual de búsqueda de la verdad. Sería deseable un golpe de gracia mediante el cual todas las dudas y vacilaciones fueran vencidas, pero no es así. Sin embargo, tampoco es un proceso “*in infinitum*”.

Al llegar a este punto es conveniente que establezcamos ya una doble dimensión conceptual y metodológica: la conversión radical y la conversión común u ordinaria. La *conversión radical* corresponde a ese cambio de conducta o transformación radical de la persona que tiene como punto de llegada la recepción del bautismo o la reconciliación. Pero, tras esta conversión, comienza la *conversión común u ordinaria*, que habrá de durar el resto de la existencia.

Todos los convertidos son conscientes de que nunca terminarán de convertirse. Es la tensión constante entre la *conversión radical* y la *conversión ordinaria*. ¿Cómo conjugarlas y entenderlas? Es difícil distinguir ambas, pero la realidad de nuestras existencias cristianas nos exige que las distingamos: una es la conversión radical y básica; otra es la conversión “de tiempo ordinario”, consecuencia de la anterior. Esta segunda fase o proceso, también llamado

conversión diaria o común, es el esfuerzo ininterrumpido que debe realizar el creyente para superar radicalmente todas las tentaciones, eliminar los estratos del pecado de la vida, conquistar la perfección y salir de los pecados concretos que no rompen la opción fundamental de la vida cristiana.

Hablamos de esta conversión para hacer ver que en la vida del converso hay dos periodos definidos: el proceso de conversión radical, que tiene un final, marcado por el bautismo o la reconciliación; otro, el proceso de conversión común, que dura toda la vida. Ambos se interrelacionan: si el primero es más fuerte, el segundo es más fácil. Si el primero no ha tenido prácticamente acento en la vida del creyente, entonces el segundo adquiere todas las notas de la conversión primera, con la “*addenda*” de ser un proceso para toda la vida.

La distinción de estas dos formas, que responden a situaciones radicalmente distintas, es fundamental para la acción pastoral. Hay quienes tratan la conversión radical como si fuera común, desvirtuando una y otra. Otros piensan que hay que estar convirtiéndose toda la vida. Mal se convertiría uno, que pretendiese realizar la conversión radical y nunca llegara a la meta. Si la conversión tiene un comienzo también ha de tener un final; acaba cuando desaparece la situación que la provocaba. El bautismo o la reconciliación sellan y celebran el nuevo estado e inauguran un periodo distinto.

El creyente que realiza la conversión radical adquiere una situación nueva, la conversión ha realizado un cambio básico, pero no ha sido un cambio total. Por decirlo de un modo más crudo: ha sido el comienzo de un cambio profundo y considerable en la raíz del propio yo, pero aún imperfecto. Después de la respuesta radical, quedan en el ser humano muchos estratos de sombra, que no desaparecerán hasta el final de la vida, cuando se haga la luz total y definitiva. He aquí por qué el creyente se ha de acoger a la misericordia de Dios y puede aún seguir reconociéndose, de algún modo, imperfecto y confesar sus pecados comunes u ordinarios.

IV. LA PEREGRINACIÓN DEL CONVERTIDO

Otra de las características esenciales de este proceso es su configuración como peregrinación permanente. Es una larga marcha que conduce a las bendiciones celestiales, a la herencia de la Nueva Alianza⁴³. En este sentido, la conversión cristiana va indisolublemente unida a la virtud de la esperanza, como espera y confianza en un encuentro efectivo y definitivo con Dios en el más allá. Esta dimensión escatológica de la conversión se expresa también en el carácter de universalidad: la llamada a la conversión se dirige a todos los hombres.

Desde esta perspectiva el don divino se configura como tarea para toda la vida; la existencia cristiana es explicitación vital, personal y eclesial. La “filiación divina” recibida conlleva una invitación a transformar ese don objetivo en una realidad decisiva para nuestro pensar, actuar o para nuestro ser⁴⁴. Dicho sintéticamente: es un quehacer permanente y vital del bautizado; constituye la estructura básica de su existencia cristiana personal⁴⁵. Este quehacer permanente tiene cuatro grandes notas definidoras⁴⁶:

1. LA DIMENSIÓN ESCATOLÓGICA

El cristiano se sabe salvado, pero ese don está sujeto a una tensión escatológica⁴⁷. El bautismo no debe entenderse como una acción de Dios definitiva, de forma que el bautizado pueda sentirse seguro de la posesión personal, plena y perfecta, del Espíritu. Queda siempre la tensión escatológica. Esa tensión permanente de la existencia cristiana en espera de la plenitud escatológica, aparece descrita por Pablo en distintos pasajes (cf. Col 3,1-4; Rm 8,17-30).

En virtud de su radical conversión primera, expresada en el bautismo, el cristiano está en camino de salvación pero no posee la total garantía de ella

43 Cf. P. AUBIN, *Le problème de la “conversión”. Étude sur un terme commun à l'hellénisme et au christianisme des trois premiers siècles* (Beauchesne, París 1963) 202.

44 BENEDICTO XVI, Audiencia general del 15 de noviembre de 2006.

45 J. ALONSO, *La conversión*, 117-118.

46 *Ibid.*, 119-125.

47 R. SCHULTE, 187.

(1 Co 10,1-13). La existencia cristiana está impregnada por esa actitud de espera escatológica que proviene de la “provisionalidad del bautismo”, del ya pero todavía no de la transformación cristiana personal. Esa actitud esperanzada conlleva: primero, la certeza de la llegada definitiva de Jesucristo; segundo, entraña también la exigencia de mantener la actitud de “vigilancia”, propia de los hijos de la luz. Finalmente, de esta dimensión escatológica, se deriva una tercera dimensión: la “urgencia” en el proceso cristiano de transformación “ya”.

2. DIMENSIÓN SACRAMENTAL

La progresión cristiana se realiza en estrecha relación con los sacramentos de la Iglesia. La transformación en Cristo se efectúa esencialmente en el bautismo, por el que el creyente participa en el Misterio pascual. En la teología paulina del bautismo, conversión y filiación divina caminan de la mano en la vida del creyente, según una creciente transformación en Cristo. De esta manera, la conversión bautismal resulta un movimiento cuyo punto de arranque es la liberación del pecado y su meta el acceso a la vida nueva.

La opción cristiana expresada inicialmente en el bautismo estará siempre abierta a una posible flaqueza o cobardía; un acto de amor que puede fallar. Mas Dios no abandona al hijo que le vuelve la espalda: el sacramento de la penitencia es, de parte de Dios, el lugar del encuentro misericordioso con el hijo. En expresión de Häring⁴⁸, el sacramento de la penitencia proclama “la incomprensible fidelidad de Cristo y la infinita misericordia de Dios”. Pues Dios siempre sale al encuentro de los que se alejan, misericordiosamente dispuesto a reintegrarles el don de la vida. Pero, de parte de los alejados, les exige imprescindiblemente “desandar” los pasos erróneos e “ir hacia” el Padre. A través de la penitencia, “el segundo sacramento de la misericordia”⁴⁹, el hombre, infiel a su encuentro bautismal, vuelve a encontrarse con Cristo y por Él retorna al diálogo con el Padre.

La eucaristía prolonga la acción salvífica y transformadora en Cristo que opera el bautismo. Participar en el sacrificio eucarístico es “encontrarse” en el diálogo amoroso del Padre con el hijo en Jesucristo. No existe unión más

48 B. HÄRING, *La ley de Cristo* (Barcelona 1961) 438.

49 *Ibid.*

íntima ni estrecha que la que se realiza en la eucaristía entre Cristo y el cristiano. Ya Jesús aludía claramente a este misterio de unión (cf. Jn 6,57-58). Unión sacramental sobrenatural y unión vital práctica deben ir juntas.

3. DIMENSIÓN ECLESIAL

El movimiento de la conversión que comienza siendo una liberación del pecado y continúa haciéndose en el encuentro personal con Cristo, alcanza su dimensión más completa en la integración en la comunidad de los redimidos. Y es en el seno de esa comunidad donde el convertido realiza las últimas jornadas de su proceso de peregrinación hacia el Padre.

La misión de la Iglesia consiste en llevar a plenitud esta acción salvadora de Dios a través de la palabra y de los sacramentos. Pero, además, Ella misma es una comunidad de conversión: la asamblea de hombres y mujeres en quienes se ha producido la conversión radical a Dios. En el bautismo de cada uno de los miembros de esa Asamblea “acontece” la misma Iglesia. En ese sentido, la Iglesia de Cristo comienza a existir a partir del acontecimiento fundamental de la conversión⁵⁰.

La Iglesia nos invita a la conversión⁵¹ por la proclamación de la palabra de Dios. Este es su pleno mensaje. Decimos, por la proclamación de la palabra de Dios, porque la Iglesia actualiza constantemente la palabra de invitación a la conversión que Dios propuso al hombre, primero por los profetas, después por su Hijo. ¿Cuál es el contenido de esta Palabra? La respuesta no puede ser más lógica: Cristo y su obra. Por esto, la Iglesia no nos propone creer un conjunto de verdades referentes a Dios. La Iglesia no nos propone algo, sino Alguien en quien cree y confía. Este es Cristo, su obra y su palabra.

La Iglesia, al proclamar la palabra de Dios, debe tener presente que esa Palabra —que no le pertenece como propia— contiene en sí una potencia salvadora que tiende a poner al hombre en trance de una respuesta decisiva. No queremos decir con esto que la Palabra realice la conversión “*ex opere operato*”. No. Pero sí que la palabra *ejerce una eficacia real* en el que la oye.

50 Cf. SCHULTE, 163.

51 Cf. G. GÓMEZ ECHEVARRIA, “Dimensión eclesial de la conversión”, en: *La conversión cristiana*. Cuadernos de teología y práctica pastoral (Perpetuo Socorro, Madrid 1963) 36-47.

La fe es la respuesta adecuada a la palabra de Dios proclamada por la Iglesia. Pero siendo Cristo y su obra el contenido de esta Palabra, resulta que aceptar la palabra de Dios es aceptar y creer en Cristo. La fe en Cristo implica la fe en Dios. El sí a Dios está incluido en el sí a Cristo; y el sí a Cristo sólo lo podemos dar en la Iglesia, pues la fe viene por la predicación (cf. Rm 10,17). San Pablo hace notar la íntima relación que hay entre la predicación y la fe (cf. Rm 10,14).

Aún más. La Iglesia no sólo realiza la conversión por la proclamación de la Palabra que tiende a ser aceptada por la fe viva, sino que también exige que esa conversión se termine y se complete dentro del marco de unos signos sacramentales muy determinados. La conversión es una *acción eclesial* total. Quien se convierte es afectado en su intimidad por esa acción eclesial. La Iglesia es un hogar redentor.

Por ello, Cristo, cuando habla de la conversión al Reino de Dios, no sólo dice que es necesario creer sino también recibir el agua y el Espíritu (Jn 3,5), o comer el pan bajado del cielo (Jn 6,47.51). Nuestra conversión y encuentro con Dios se realizan en la Palabra y el Sacramento de la Iglesia.

4. DIMENSIÓN ESPIRITUAL Y MORAL

En sentido amplio nos referimos al programa de vida cristiana, ligada a la fe y al bautismo, que compromete al bautizado⁵². La necesidad de una participación personal del cristiano en su conversión a Dios es una constante en la teología de Pablo: la dialéctica entre lo realizado por el bautismo y lo que queda por realizar, debe impulsar al cristiano a un esfuerzo moral constante. Es la invitación paulina a “colaborar en su transformación con Cristo” (Col 3,1-2). Se trata del esfuerzo consciente, concreto y constante, del bautizado por ser fiel a su vocación cristiana haciendo frente a las dificultades⁵³. La esperanza cristiana basada en la seguridad de participación en el plan divino de salvación, pone al creyente por encima de limitaciones y peligros, mediante una confianza exclusiva en Dios.

52 J. A. FITZMYER, *Teología de San Pablo* (Cristiandad, Madrid 1975) 191-197.

53 SCHULTE, 195.

Finalmente, junto a la dimensión ascética, la existencia cristiana reclama una componente “mística” en el sentido general de una personal experiencia de unión espiritual con Cristo, experiencia que es también empeño consciente y don divino. Se trata de un proceso de identificación con Cristo para que Éste se convierta en el sujeto-modelo de la propia existencia personal. Así lo expone Benedicto XVI⁵⁴. Decir que “Cristo vive en mí” es indicar la relación de causalidad entre Cristo y el cristiano, que ha de llevarse hasta el extremo para alcanzar la plena identificación mística con Cristo.

V. CONCLUSIONES CATEQUÉTICAS

Los acentos, que la catequesis de todas las edades ha de tener muy presentes al tratar este tema, podríamos resumirlos en estos cinco puntos:

- La conversión cristiana es “conversión al Señor”. Es esencial que el catecúmeno o el cristiano no pierdan de vista que ha de volver continuamente su mirada hacia Aquél de quien son imagen. Es significativo que en la literatura cristiana casi nunca aparezca la dimensión filosófica helenica “convertere ad se=volverse hacia sí mismo”), es decir, una reconquista de sí mismo a través del retorno hacia la esencia original y la ruptura con el modo de vida anterior⁵⁵.
- La conversión cristiana es “comienzo de una vida nueva en el hombre”, a través de la participación por la fe en el Misterio pascual de Cristo. Pablo desarrolla esta novedad mediante tres pasos: Cristo como Imagen de Dios; la transformación del hombre según la imagen de Cristo por el bautismo; y la vida cristiana como identificación con Cristo. Su rasgo más característico es la ruptura producida en el creyente: el yo que se convierte es un yo que ha renunciado a sí mismo. Renunciar a sí mismo,

54 “Esta compenetración mutua entre Cristo y el cristiano, característica de la enseñanza de san Pablo, completa su reflexión sobre la fe, pues la fe, aunque nos une íntimamente a Cristo, subraya la distinción entre nosotros y él. Pero, según san Pablo, la vida del cristiano tiene también un componente que podríamos llamar “místico”, puesto que implica ensimismarnos en Cristo y Cristo en nosotros” (BENEDICTO XVI, Audiencia General del 8 de noviembre de 2006).

55 FOUCAULT, 209. Un gran problema sin resolver en el pensamiento helenista es precisamente saber si el yo hacia el que se retorna es algo dado previamente o más bien una meta que uno debe proponerse para intentar después alcanzar.

morir a sí mismo, renacer en otro yo y con una nueva forma (que en cierto modo no tiene nada que ver ni en su modo de ser, ni en sus hábitos, ni en su *ethos*, con el que lo precedió), constituye uno de los elementos centrales de la conversión cristiana⁵⁶. La renuncia de sí en el interior del sujeto es el camino de renovación y renacimiento.

- La conversión cristiana posee una dimensión de *reciprocidad* entre Dios y el hombre que repugna a la filosofía antigua. El carácter de reciprocidad es, por tanto, un rasgo esencial de la conversión cristiana⁵⁷. En efecto, una de las particularidades del verbo *epistréphein* en el contexto bíblico es que muchas veces tiene a Dios por sujeto, es decir, no sólo se relaciona con el movimiento de retorno del hombre hacia Dios (*conversio hominis ad Deum*), sino también con el volverse de Dios hacia el hombre (*conversio Dei ad hominem*). El Dios bíblico es un Dios que se vuelve una y otra vez hacia su Pueblo, llegando a su máxima manifestación con el acontecimiento de la Encarnación del Verbo de Dios. La posibilidad de que Dios se torne hacia los hombres tiene evidentes consecuencias en las relaciones religiosas, pues cambia esencialmente el itinerario espiritual de unión con Dios. Nociones como la de oración, pecado o la de mal, mudan drásticamente su sentido en función de que Dios pueda o no tornarse hacia el hombre que reza, que se arrepiente o que sufre. La *reciprocidad* es, por tanto, una dimensión inherente a la conversión cristiana, de modo que si se la suprime, se perturba y distorsiona todo el clima espiritual⁵⁸.
- La conversión cristiana es un retorno a la *Nueva Alianza*. La conversión cristiana se ancla en la historia y se vincula a los eventos históricos vividos entre el hombre y Dios: el volverse de Dios hacia el hombre no le supone pérdida ni manifiesta debilidad o imperfección en Dios, sino que manifiesta su amorosa condescendencia y su infinito poder. En el cristianismo, se subraya todavía más la benevolencia divina: Dios envía a su propio Hijo para establecer una nueva Alianza, asentada en el enlace esponsal de Jesucristo con su Iglesia y del Señor con el alma cristiana.

56 ALONSO, *La conversión*, 143-144; M. FOUCAULT, *La hermenéutica del sujeto* (Akal, Madrid 2005) 206.

57 J. ALONSO, "La metanoia como...", 590-591.

58 P. AUBIN, 194-196.

- La conversión cristiana *recorre en la esperanza un camino hacia una meta* determinada. La conversión bíblica es siempre un camino de retorno a Dios. La cristiana va unida indisolublemente a la esperanza en un encuentro efectivo y definitivo con Dios en el más allá. El movimiento de la conversión bíblica y cristiana es de carácter rectilíneo hacia un eterno reposo.